DÍA DÉCIMOSEXTO

CONSIDERACIONES SOBRE LA MUERTE DE LA VIRGEN

(Sacadas de Bossuet)

Dos cosas contribuyen á que la muerte de María sea dulce y preciosa. Sus causas y sus consecuencias.

PUNTO I°. — ¡La causa de la muerte es el pecado! *Por el pecado*, dice san Pablo, *entró la muerte en el mundo.*[1] — Y en otra parte: *La muerte es castigo y pago del pecado.*[2] Cuando veis un moribundo en las agitaciones y convulsiones de la agonía, expirando en el dolor, puede ese espectáculo entristeceros, sorprenderos no, si os acordáis de estas palabras pronunciadas contra Adán prevaricador: *Tú morirás de muerte*[3]. — Las últimas angustias que terminan la vida del hombre, tienen pues por causa el pecado, el cual parece darse prisa en ejercer, en toda su extensión, el horrendo imperio que luego será destruído. Pero la Virgen santa se presenta á nosotros bajo diferente aspecto; separada, por su inmaculado nacimiento, de la inmensa co-

1. Rom., v, 15.
2. Rom., vi, 23.
3. Gen., vii. 17.

rrupción que envuelve al género humano, y exenta de todo pecado, no debe compartir la suerte de los pecadores; por consiguiente, no tiene la muerte imperio sobre ella, y si ha de pasar por la tumba, esa necesidad no será un castigo. Hallaremos pues en otra parte las causas de su muerte.

Nos la revela la esposa de los Cánticos al exclamar: *Id á decir á mi amado que languidezco de amor.* Ahí esta explicado el misterio; no busquemos más que en el amor la causa de la muerte de María. Todo es sobrenatural en la bienaventurada Virgen, dice Bossuet; un milagro le dió Jesucristo, un milagro debe devolverle ese Hijo amado; y su vida llena de portentos debió terminar por una muerte divina. Pero ¿cuál será el principio de esa muerte admirable y sobrenatural? El amor; sí, hará esa obra el amor divino; él es quien arrebatará el alma de María, y quien, después de romper los vínculos corporales que le impiden juntarse con su Hijo Jesús, reunirá en el cielo lo que no puede seguir separado sin extrema violencia.

Desde que vió á su Jesús dejarla para volverse al cielo, la Virgen ya no vivía: languidecía en la tierra. Era tan fuerte y ardoroso el amor divino que abrasaba su corazón, que ningún suspiro daba, ningún sentimiento, ningún deseo para el cielo, que no llevara consigo el alma de María, hasta tal punto que, si pudo vivir separada de su amado, fué por un mila-

gro continuo. Pero ¿cómo sucedió que el amor le diera el golpe de la muerte?

¿Fué un deseo más inflamado, un movimiento más activo, una exaltación más violenta, la que vino á desprender esa alma? No, se ha de atribuír ese último efecto á la perfección misma de su amor. Pues, como reinaba ese amor divino en su corazón sin obstáculo alguno, y ocupaba todos sus pensamientos, iba cada día aumentándose por su acción, perfeccionándose por sus deseos, multiplicándose por sí mismo, de suerte que, extendiéndose siempre de más en más, llegó á tal perfección, que ya la tierra no era digna de contenerle. Anda, hijo, decía un rey griego, extiende lejos tus conquistas, mi reino no basta para contenerte. ¡Oh amor de la Virgen, tu perfección es demasiado eminente; ya no puedes caber en cuerpo mortal; ve á relucir en la eternidad ante la faz de Dios: ve á abismarte en su inmenso seno, único que puede contenerte. Y entonces la divina Virgen, sin trabajo ni violencia, entregó en manos de su Hijo su alma santa y bienaventurada.

No necesitó su amor esforzarse con extraordinarios movimientos. Cual el más leve sacudimiento desprende del árbol el fruto ya maduro; cual la llama se eleva y sube de sí misma al lugar de su centro; así fué cogida esa alma bendita, para ser llevada al cielo; así murió la divina Virgen por un ímpetu del amor divino,

y fué llevada al cielo su alma en una nube de sagrados deseos. Y por eso dijeron los ángeles: ¿Quién es esa que se eleva cual odorífero humo de mirra é incienso? Bella y excelente comparación, que nos explica admirablemente el modo de esa muerte tranquila y venturosa. Ese humo odorífero de perfumes que se eleva no fué arrancado con violencia; un dulce y templado calor lo desprende delicadamente, y lo transforma en sutil vapor que se eleva de sí mismo.

Así fué el alma de María separada del cuerpo; un calor divino la desprendió suavemente, y la levantó hacia su amado en una nube de santos deseos. Ese es su carro triunfal que fabricó el amor con sus propias manos.

Punto IIº. — Consecuencias de la muerte de María. Si se estremece el hombre con el pensamiento de la muerte, si la naturaleza se turba al aproximarse su destrucción, también el cristiano tiembla al pensar en el juicio que le espera, y la cuenta que tiene que dar al soberano juez ¡Qué pensamientos, qué cuitas debe infundir en el corazón de un moribundo el recuerdo de la eternidad, inconmensurable abismo que temblando fijan sus ojos, y hacia el cual se siente llevado! Ante esos pensamientos y recuerdo, el más justo no está sin inquietud; pues *nadie sabe si es digno de amor ó de odio.*[1]

1. Eccli., xi, 1.

¡*Ay de mí!* decía san Pablo, *nada me reprende mi conciencia, mas no por eso estoy justificado*[2]. Si el justo se horroriza delante de la muerte, ¿qué será el pecador que vivió en la iniquidad y abandono de todos sus deberes? ¿Quién podrá darle confianza? El impío mismo, que presume de espíritu fuerte, ¿estará exento de temor? ¿Será dueño de no tener ninguna duda? ¿Estará tan seguro de sí mismo, que no le quede incertidumbre alguna? Así pues todo hombre tiembla y debe temblar al pensar en las consecuencias de la muerte.

Pero no cabe el temor en el corazón de María ¡Las consecuencias de la muerte! ¡oh! ¡qué deliciosas son para ella! ¡Cuánto tiempo estuvo anhelando tan venturoso momento! ¡Cuántas veces dijo, mejor que san Pablo: Yo deseo estar libre de mis vínculos, y ver á mi amado; ó con David: ¡Cuándo me será dado parecer ante Dios! ¡Qué puedo desear en el cielo y en la tierra lejos del Dios á quien amo! Cuando ella veía alguno de los fieles marcharse de este mundo, verbi gratia, san Esteban y también otros, sentía más el peso del destierro, y salían de su pecho tiernas quejas al cielo. ¿Por qué, Hijo, me alargas la vida? ¿por qué me dejas aquí la última? Vi en el templo que el santo anciano Siméon, después de abrazarte amoroso, no te pidió más que una cosa, dejar luego la

2. Cor., v, 2.

vida, tan dulce es gozar de tu presencia; y yo ¿no desearía morir luego para ir á abrazarte en el santo trono de tu gloria? Pues que me llevaste al pie de tu cruz para verte morir, ¿cómo me niegas tanto tiempo el verte reinar? Esos eran los deseos de María, y los santos suspiros que exhalaba al cielo. Por fin, se oye una voz: *Ven del Líbano, amada mía, para que te corone yo con mis manos*[1]. Es Jesús, es Dios, es su Hijo quien la llama. ¡Qué fausta noticia! ¡Qué gozosa siente que se sueltan por fin los vínculos mortales que aprisionaban su alma. La muerte es para ella término de sus suspiros, consuelo de su ternura, voto de su corazón, objeto de todas sus obras; luego va á encontrar lo que había perdido en la tierra, su Hijo amado, objeto de sus maternales complacencias; luego irá á reunirse con su Dios, gozar su felicidad y compartir su gloria.

Alma cristiana, ¿quieres tú también que te parezca dulce la muerte y consoladora? desprende tu corazón de esos bienes que ella te tiene que arrebatar; renuncia á esos vínculos carnales y culpables que ella tiene que romper; únete con Dios por medio de la oración, de los sacramentos y la práctica de las virtudes; sobre todo, ama á Dios, tu Señor y Padre con todo el ardor de tu corazón, con toda la fuerza de tu inteligencia. Amar á Dios, es ya

1. Cant., IV.

poseerle; es ya saborear desde esta tierra las felicidades del cielo; amar á Dios, es empezar á hacer en este mundo lo que los ángeles y santos en el cielo. Es gustar la felicidad, esperando la felicidad perfecta.

María, reina y madre nuestra, permite á tus hijos desterrados lejos de ti, cual tú lo fuiste lejos de Jesús, permite á tus hijos que se regocijen de tu triunfo, y se aflijan de tu largo destierro. Acuérdate de nosotros en tu reino, prepáranos en él un puesto, cual Jesús te preparó uno, no nos olvides en nuestras miserias; manda como reina á tus enemigos, que son también los nuestros; domina sobre nosotros, sobre nuestras pasiones, tú y tu Hijo. No ceses de interceder con Dios por nosotros, ese Dios con quien todo la puedes. Amén.

EJERCICIO

Pensar á menudo en la muerte, y pedir la gracia de hacer una buena muerte.

ANÉCDOTAS EDIFICANTES

Muerte de María. — Á la fiesta de la Asunción, dice Mr Ferry de Pigny, se refieren dos leyendas, que en mi niñez gustaba mi madre de contarme, sentadito en sus rodillas; voy á relatarlas en gloria de María: Acababa Dios de llamar á sí su santa madre; después de la fúnebre velada, los apóstoles

convocaron á todos los fieles para el entierro, animándolos á seguír el cuerpo sagrado hasta el sepulcro que le esperaba en el valle de Josafat. Dispuesta la comitiva delante de la casa de san Juan, distribuyeron velas encendidas; Pedro, jefe de los apóstoles, dió la señal de la partida. Púsose en movimiento la comitiva cantando los salmos de David. Juan, hijo adoptivo de María, salió el primero, llevando en la mano una palma sagrada, y una azucena de un blanco deslumbrador; y regaban su rostro las lágrimas.

Después de él, salieron Pedro y Pablo encargados del depósito virginal que iban á devolver á la eternidad; seguían luego los demás apóstoles, é innumerable muchedumbre cubría la vía fúnebre. Al pasar el cuerpo de Nuestra Señora el umbral de su casa, vieron los apóstoles y los cristianos una aureola que resplendecía en el cielo, y oyeron el armonioso canto de los ángeles, que alternaba con los cánticos de los fieles.

Varios príncipes de la sinagoga se hallaban presentes; y esos hombres, á quienes los prodigios del Calvario no habían iluminado, no pudieron contener sus blasfemias ante la majestad de un féretro. ¿Qué es eso? decían entre ellos, ¿y cómo es lícito que se tributen tales honras á la madre del Galileo, á quien nosotros hemos crucificado? Esos discípulos nos insultan hoy día públicamente, y uno de ellos, uniendo al insulto la violencia, atraviesa la gente, se acerca al féretro, y, con sus manos que guía la rabia, pugna por derribarlo. Se oyen gritos de horror, y no tarda en caer el castigo; no pudo el insultador retirar sus manos pegadas al ataúd de María. ¡Gracia! ¡gracia! gritó el impío torciéndose de espanto.

Se había parado el acompañamiento; cristianos y judíos esperaban azorados y ansiosos la conclusión de tan dolorosa escena. — ¡Gracia! seguía gri-

tando el sacerdote de la sinagoga; he pecado contra Dios. — Nada podemos contra su justicia, dijo san Pedro. Es inútil tu arrepentimiento, si te niegas á creer en Jesucristo que tú crucificaste. — Sí, yo creo, yo creo en Cristo, haz que yo no muera. — Si tu fe es sincera, dijo Pedro; en nombre del Señor Jesús, despéguense tus manos! Y quedaron libres las manos, pero paralizadas. Se desconsolaba el judío, y Pedro tuvo compasión. — Concluye, lleva á cabo la expiación, y confiesa ante todo el pueblo la virginidad de María, madre de Cristo. Obedeció el príncipe de la sinagoga al jefe de los apóstoles. — Ven acá, ahora, repuso Pedro, besa con tus labios la sábana de María; si ella te perdona, en nombre del Salvador, queda curado ¿Podía no perdonar el corazón de María? Siguió al acompañamiento el nuevo convertido glorificando á su bienhechora. Los demás judíos, testigos del milagro que no podían negar, se volvieron á sus casas, preguntando unos á otros cómo el Galileo Simon Pedro, simple pescador, se había hecho tan experto en el arte de la magia.

María patrona de la buena muerte. — Un eclesiástico francés, que vivía hace unos años, relató el hecho siguiente: Encontrándose en San Petersburgo, recibió un día la visita de un joven de agradable exterior el cual le dijo estas palabras: « Señor presbítero, ¿podríais trasladaros en seguida á tal calle, tal número y tal piso? Allí hay quien está esperando el auxilio de vuestro ministerio. » Va el sacerdote á la dirección indicada, entra, y se encuentra con una pobre mujer moribunda, sola y abandonada. — « Señora, dijo, usted me dispense, aquí está el sacerdote que V. manda llamar. — ¿Yo? no tal, no mandé llamar á nadie. — ¿Cómo no? ¿No tiene V. un hijo, un pariente, un conocido que V. mandó á llamarme? — No, señor, no hay tal cosa, ni tengo hijo, ni pariente, y estoy aquí solita; en todo caso, por cierto no llamara un sacerdote católico, siendo yo luterana. » Extrañado de la contestación, y reflexionando quien había podido ser el mensajero que le mandó á esa mujer, se le ocurrió preguntarle si había tenido siempre la misma repugnancia que sus correligionarios para con la Virgen, si alguna vez la había obsequiado y rogado. « Eso sí, todos los días la invoqué, y jamás olvidé de rezar el *Memorare;* tampoco he tenido otro consuelo en mi enfermedad, y debo confesar que he recibido de ella grandes gracias. — Pues no hay duda que es la Virgen la que me envía á usted; no quiere que usted muera en el error; ¿usted quiere sin duda volver al gremio de la fe? De repente el corazón de aquella mujer se abrió á la gracia. La instruyó el sacerdote brevemente, le dió la absolución, la comunión, la extrema unción. Murió la pobre delante de él, manifestando el gozo más puro y vivo, retirándose luego el eclesiástico lleno de consuelo, y convencido de que María había enviado el ángel de esa feliz predestinada para hacerla volver en gracia con su divino Hijo. Amemos pues á la Virgen, no cesemos de rogarle, y tengamos en ella la confianza que el niño tiene en su madre.

San Estanislao de Kostka, uno de los más fieles devotos de María, oyó el 1° del mes de agosto un sermón del padre Canisio, en que exhortaba á todos los novicios de la compañía á que se portaran cada día cual si fuera el último de su vida. Después del sermón, dijo Estanislao á sus compañeros que ese consejo era para él la voz de Dios, pues que debía morir en el mes corriente, y lo dijo ó porque Dios se lo había revelado particularmente, ó porque tenía algún presentimiento de lo que le debía suceder.

Cuatro días después, yendo Estanislao con el P. Emanuel á Santa María La Mayor, habló de la próxima fiesta de la Asunción. « Padre, dijo el joven, yo creo que en ese día debe el paraíso efrecer nuevos embelesos, pues se ve la gloria de la Virgen, « coronada reina del cielo, y colocada » cerca del Señor, por encima de todos los coros » de los ángeles ; y si es verdad, como lo creo, que » se repite la fiesta en el cielo, yo espero que veré la » próxima. »

El día de san Lorenzo comulgó, y rogó al santo que presentara á María una demanda que le dirigía, para ser testigo de esa fiesta en el cielo mismo. Por la tarde de ese mismo día tuvo calentura y aunque muy leve, no dejó él de mirar como cierta la gracia de su cercana muerte. Al ir á ponerse en cama, dijo alborozado : « Ya no me levanto yo de esta cama », y luego, hablando al P. Aquaviva, añadió : « Padre, yo creo que san Lorenzo me ha logrado de María la gracia de encontrarme en el cielo el día de su Asunción. » El padre no hizo caso de esas palabras. La víspera de esa fiesta, sintió Estanislao que empeoraba su mal, y dijo á un hermano que pensaba *morirse la siguiente noche*. Este le contestó : Más milagro sería morir de tan leve mal que curar de él. » Cayó luego en una debilidad mortal, derramándose un sudor frío en todo su cuerpo ; acudió el superior ; y Estanislao le suplicó le mandara poner en el suelo desnudo para morir como un penitente, lo que se le otorgó ; se confesó, recibió el santo viático con admirable piedad ; le dieron la extrema unción, y el 15 de agosto al punto del amenecer, expiró con los ojos mirando al cielo, y sin ningún movimiento ; y sólo al notar su insensibilidad, cuando le presentaron la imagen de la Virgen, sólo entonces vieron que había pasado á la vida bienaventurada. *(Vida del Santo)*.

DÍA DÉCIMOSÉPTIMO

CONSIDERACIONES SOBRE LA ASUNCIÓN DE LA VIRGEN [1]

Dos virtudes mayormente contribuyen á adornar el triunfo de María el día de su gloriosa Asunción : la pureza y la humildad. La pureza la preserva de la corrupción ; la humildad le eleva un trono,

Punto I°. — La pureza preserva el cuerpo de María de la corrupción. No se ha de considerar la corrupción, según los raciocinios de la medicina, como consecuencia natural de la composición y mezcla. Tenemos que llevar más arriba nuestros pensamientos, y creer, según los principios del cristianismo, que lo que impone á la carne la necesidad de corromperse, es que ella es un atractivo para lo malo, una fuente de malos deseos, en fin carne de pecado, como dice el apóstol san Pablo. Esa carne debe ser destruída, aún en los escogidos, porque en ese estado de carne de pecado, no merece reunirse con una alma bienaventurada, ni entrar en el reino de Dios, *que la carne y la sangre no pueden poseer* [1].

1. Bossuet
1. I. Cor., xv, 50.